

denes un solo cuerpo y le hacía, por ende, colega de simples generales de división, le pareciera vejatoria. En esta situación de ánimo, mezcla de enojo y de marrullería ó egoísmo, había de tender á no prodigarse, á reservar sus consejos, á eclipsarse, ora demostrando indiferencia, ora fingiendo respeto. En París, la oposición había de percatarse pronto de ello y, considerando al mariscal en desgracia, había de reputarlo incontinente como un genio.

Al mismo tiempo, por la línea recientemente abierta de Hirson á Mezieres llegaron otros regimientos procedentes de las plazas del Norte, que se agruparon á la izquierda del ejército, alrededor de Thionville. Estas tropas, distribuidas en tres divisiones, formaron el cuarto cuerpo, á las órdenes del general Ladmirault, militar enérgico, valiente, sensato, de consumada experiencia en el mando de la infantería, poco conocido en la corte, pero muy respetado en el ejército.

En segunda línea estaba la guardia, que del 21 al 25 de julio llegó á Nancy y desde allí fué enviada á Metz realizando la marcha por etapas; se componía de dos magníficas divisiones, una de granaderos y otra de cazadores, y estaba dotada de numerosa caballería; era fuerte, de excelente aspecto y su disciplina habría sido perfecta si no hubiese protestado ruidosamente con el gorro de pieles que se negaba á llevar. Tenía por jefe á Bourbaki, y nunca tropas más valientes tuvieron más digno caudillo; sin embargo, este general, con su temperamento fogoso é impetuoso, parecía más á propósito para un mando de vanguardia que para la dirección de unas tropas escogidas destinadas á funcionar como reserva, y en este sentido se expresaban con discreto disgusto cuantos le conocían.

Tales eran los cuerpos que comenzaban á ocupar la frontera de Lorena. Entre Lorena y Alsacia, y á modo de lazo de unión entre una y otra, extendiase en una línea larga, pero de poco fondo, el quinto cuerpo, distribuido entre Sarreguemines, Rohrbacher y Bitche (1). Para formar las tres divisiones de que se componía este cuerpo se habían sacado tropas de la guarnición de Lyon y algo al azar también de algunas otras plazas. Era su general en jefe el general de Failly, militar de capacidad mediocre aunque con muy buena hoja de servicios, que más adelante había de verse abandonado por amigos y enemigos.

En el entretanto se concentraban en Alsacia los zuaivos y los turcos, soberbios regimientos de elevado efectivo y aguerridos en las campañas argelinas, los cuales formaron el núcleo del primer cuerpo que se completó hasta cuatro divisiones con tropas tomadas de las guarniciones del interior. El mando interino de estas fuerzas fué confiado al general Ducrot mientras llegaba Mac-Mahón, quien, hallándose en Argelia, había recibido el aviso de que estaba destinado á mandar uno de los tres grandes ejércitos; y aunque las modificaciones posteriores le redujeron á un papel más modesto, soportó serenamente aquella disminución de categoría, pues era de los que no tienen más ambición que servir bien. El 23 de julio llegó á Estrasburgo, estableciendo allí su cuartel general.

Mientras las tropas de Mac-Mahón se situaban en la

(1) Véase el mapa intercalado en la página anterior.

Baja Alsacia, el séptimo cuerpo, destinado á formar tres divisiones y puesto bajo el mando del general Félix Douay, se concentraba penosamente en las inmediaciones de Belfort y de Colmar, con regimientos procedentes de los puntos más lejanos y que comparecían por fracciones: así llegaron en porciones sucesivas el 47.º y el 21.º de línea, que venían de Chambery y de Nancy, y el 37.º, el 99.º, el 5.º y el 89.º, que procedían de Niza, de Aix, de Tolón y de Briançon; y á fines de julio todavía se esperaba la división Dumont, que en parte estaba en Civitavecchia y que no había de llegar hasta primeros de agosto, y una brigada de caballería, que por razones de orden interior no había podido salir de Lyon y que quiso el destino que no llegara á juntarse con aquel cuerpo del que debía formar parte.

Esta era la distribución de nuestras fuerzas. Un poco más atrás se concentraban tres divisiones de caballería de reserva acantonadas en Luneville y Pont-a-Moussón. Si á estos elementos añadimos el sexto cuerpo que estaba en vías de formación en Chalóns y cuyo mando se había confiado al mariscal Canrobert, tendremos el cuadro del gran ejército que se denominó *el ejército del Rhin* en memoria de las antiguas guerras.

La singularidad de esta distribución no habrá escapado á la observación de nuestros lectores. El ejército del Rhin, en su primera formación, presentaba el aspecto de una larga línea de sesenta leguas, desde Thionville, en donde establecía sus vivasques Ladmirault, hasta Belfort, en donde Félix Douay reunía sus elementos incompletos. Un mediano conocimiento de las cosas militares habría bastado para mostrar el peligro de tan excesivo desarrollo: nuestras tropas, apostadas á lo largo de la frontera, aparentaban cerrar al enemigo la entrada de nuestro territorio, pero no hacían más que aparentarlo porque estaban demasiado espaciadas para apoyarse mutuamente y cualquier esfuerzo vigoroso de conjunto había de romper aquella frágil valla. Además, la misma línea no estaba tan sabiamente dispuesta que no ofreciera muchas deficiencias; así la Alta Alsacia, con los débiles cuerpos de Douay, hallábase casi al descubierto, y todavía habría sido mucho mayor el peligro, de no ser aquella parte de la frontera la menos amenazada. Situado en primera línea y expuesto á los primeros golpes, Mac-Mahón no tenía comunicación alguna con el séptimo cuerpo y con el quinto no se comunicaba sino á larga distancia. Las únicas fuerzas casi aglomeradas eran las que se extendían delante de Metz, desde Thionville hasta Forbach.

Sin embargo, esta delgadez de nuestra línea, estas soluciones de continuidad, en un principio apenas causaron alguna inquietud aun en los más previsores. Tal diseminación de fuerzas podía ser causa de una catástrofe si se esperaba pasivamente al enemigo; pero sin duda se evitaría la invasión haciéndose nuestro ejército invasor, en cual caso los cuerpos diseminados se juntarían rápidamente y, sin perder un día, penetrarían en territorio germánico.

Todas las apariencias anunciaban esta guerra ofensiva. Las impacencias de la diplomacia presagiaban una prontitud análoga en la acción militar, en la confianza de que con resoluciones repentinas y enérgicas tal vez se conseguiría la alianza de potencias que permanecían indecisas. Además, así las tradiciones de las antiguas

guerras como el temperamento nacional aconsejaban llevar la guerra fuera de las fronteras, conducta que había de tener sobre todo sus ventajas respecto del pueblo alemán que, por su propia naturaleza, se desconcierta en presencia de la audacia y es emprendedor contra los tímidos. Por inconsistentes y oscuros que fuesen los planes imperiales, lo que de ellos se comprende permite adivinar un propósito general, cual era el de anticiparse al enemigo; y nuestros adversarios, por su parte, esperaban verse atacados, como lo prueban las siguientes palabras que en 19 de julio escribía el rey Guillermo á la reina: «A cada momento debemos prever la ofensiva francesa.»

Pero, contra todo lo que el mundo creía, uno de los primeros cuidados del mando supremo fué diferir toda operación agresiva. El mismo apresuramiento que inspirara á los diplomáticos había dirigido las tropas hacia la frontera; y una vez en ésta se las obligaba á detenerse: no se renunciaba á la ofensiva, pero se aplazaba. El emperador la prohibía en absoluto á los jefes de cuerpo. ¿Qué significaba esta repentina prudencia después de tanta precipitación? Era preciso, decíase, esperar, antes de comenzar la campaña, á que «*el ejército estuviera constituido*.» ¡Constituido! ¡De modo que no lo estaba todavía á pesar de hallarse ya en las orillas del Sarre y de estar casi tocando á las márgenes del Rhin! Y aquí nos encontramos con la gran causa de confusión que pesó sobre toda aquella malhadada guerra.

## II

Nuestro sistema militar actual y el de la mayoría de los ejércitos europeos implica, en tiempo de paz, la organización de cuerpos completamente equipados, con su infantería, su caballería, sus armas especiales, sus servicios administrativos y sus almacenes; de modo que si la guerra estalla, el reclutamiento regional permite una pronta concentración de las reservas, y una vez realizada la movilización, cada cuerpo, provisto de sus elementos esenciales, puede ser enviado sin tardanza al teatro de las operaciones.

Pero en la época que describimos nada semejante existía en nuestro país. Las tradiciones, las consideraciones políticas, las influencias locales, las conveniencias del acuartelamiento y los recursos en forrajes eran las razones que determinaban la situación de los cuerpos: no había reclutamiento regional, sino reclutas dispersos, como al azar, por todos los ámbitos del territorio; depósitos con frecuencia instalados muy lejos de las fuerzas activas, sin que pueda adivinarse el motivo por el cual unos y otras habían sido aislados; subdivisiones y divisiones militares ajustadas á las exigencias administrativas más bien que utilizables para el combate; un material bastante abundante, pero más bien rotulado al modo de una colección que dispuesto para el servicio de guerra. Un decreto de 6 de febrero de 1858 había constituido antiguamente seis grandes comandos, pero con ellos se había atendido más al orden interior ó á la satisfacción de fastuosas ambiciones que á la creación en cada región de un conjunto de fuerzas homogéneas y que se bastaran á sí mismas. Las únicas divisiones casi organizadas eran las del ejército de París, del ejército de Lyon y del campo de Chalóns, y

aun estas no estaban provistas de sus servicios accesorios. Al romperse las hostilidades sólo podían seguirse dos conductas: la primera consistía en aplazar las operaciones hasta que estuvieran terminados los preparativos, con riesgo de que el enemigo se nos anticipara; la segunda en llevar á la frontera, saliera lo que saliese, todos los elementos existentes y buscar la ventaja peligrosa, pero brillante, de una rápida ofensiva. Esta última conducta fué la que prevaleció en el primer momento; mas cuando se hubieron enviado á la frontera los regimientos, se vieron todas las deficiencias que antes no se habían observado ó tenido en cuenta. Entonces el gobierno se percató, algo tarde desgraciadamente, de que convenía contener á aquellos cuya partida se había precipitado; mas con ello no había de lograrse reconquistar las ventajas de la prudencia, y en cambio habían de perderse las probabilidades que á veces concede la fortuna á las temeridades.

Todo faltaba, y los hombres en primer término; y esto se veía en el preciso momento de acometer al enemigo. Los regimientos de infantería que llegaban á la frontera contaban por término medio, según los cálculos que parecían más exactos, 1.400 hombres. Una orden ministerial de 15 de julio había llamado al servicio activo á todos los militares disponibles que se hallaban en sus casas, es decir, los soldados de la reserva ó con licencia; estas fuerzas, que se estimaban en 163.000 hombres, serían distribuídas entre los cuerpos duplicando el efectivo de los mismos, y hecha la rebaja correspondiente, sea para Argelia, sea para las guarniciones del interior, darían un efectivo total de 350.000 hombres para el ejército del Rhin. Así, á lo menos, se esperaba; pero entonces se patentizaron los vicios de la movilización; vicios que, dada la transformación general, parecen hoy increíbles. Los reglamentos vigentes en aquella sazón disponían que los hombres llamados á las filas se reunieran en la capital de su departamento, desde donde habían de ser enviados al depósito de su cuerpo; mas como el reclutamiento no era regional, con frecuencia el depósito estaba muy lejos, y este largo viaje había de ser una primera causa de retardo. En el depósito, los hombres debían ser vestidos, equipados y armados, pero á veces los almacenes estaban mal provistos, con lo que se perdían algunos días más. Los depósitos, en muchos casos, estaban instalados á cien y á ciento cincuenta leguas de los batallones activos, los cuales, las más de las veces, habían partido ya para la frontera, originándose de aquí nuevas peregrinaciones para reunirse con la parte principal del cuerpo: se dió el caso, por ejemplo, de que reservistas de Dunkerque hubieron de ir á su depósito situado en Perpignan y desde allí á reunirse con su regimiento en Estrasburgo. Durante todas estas idas y venidas, los generales, los jefes de cuerpo, esperaban con impaciente ansiedad los complementos que habían de llenar sus cuadros; las estadísticas más fidedignas han demostrado que en 27 de julio, es decir, doce días después de la orden de movilización, el ejército del Rhin sólo contaba 200.000 hombres.

Casi tan deficiente como el número era la cohesión. Habíanse intentado laudables esfuerzos para agrupar en los mismos cuerpos de ejércitos las unidades distribuídas en las mismas guarniciones ó reunidas ya bajo

el mando de los mismos jefes; pero estos cuidados tardíos sólo imperfectamente habían reparado los vicios de nuestra organización. Como en tiempo de paz las tropas no estaban regularmente distribuídas en divisiones, muchos generales fueron destinados á mandar regimientos que no conocían, y al llegar al cuartel general hubieron de buscar, no sin pérdida de tiempo y sin dificultades, el lugar en donde estaban su división ó su brigada. Después formaron apresuradamente su estado mayor y apresuradamente también pasaron una primera revista. Y como hasta entonces no habían estado en contacto con los oficiales ni con los soldados, ignoraban lo que podían esperar de las aptitudes de los unos y del vigor de los otros, y tampoco sabían de qué estaban provistos los cuerpos y qué era lo que les faltaba; de manera que fué preciso aprender bajo el fuego enemigo todo aquello que fácilmente se aprende en tiempo de paz.

Las mayores deficiencias eran las del material. Desde los primeros días, los despachos de los comandantes de cuerpo formulan, casi en términos idénticos, las mismas quejas generales, lamentándose de que carecen de todo bajo todos conceptos; después las peticiones se concretan y se reclaman medios de transportes, atelajes, enseres, mantas, bastos, arneses, cantinas de ambulancias, obreros de administración, sanitarios y médicos. Tal regimiento llega sin efectos de campamento, sin tiendas de abrigo; tal otro carece de cantimploras, de platos, de marmitas. Y luego todo se recibe por fragmentos, los cañones sin municiones, los caballos sin arneses, las ametralladoras sin los hombres prácticos en su manejo (1).

El 24 de julio, el mariscal Leboeuf salió de París dejando el ministerio de la Guerra confiado al general Dejeán; y si hemos de dar crédito á los que recibieron sus más íntimas confidencias, ya entonces había perdido algo de su optimismo y hablaba con menos aplomo de sus preparativos y con menos seguridad de las alianzas. Apenas llegado á Metz, todas las reclamaciones se dirigieron á él, y habiéndose querido enterar de la situación de los efectivos, vió que las reservas «llegaban con lentitud desesperante,» lo cual le dejó en extremo estupefacto, porque ¿no había acaso ordenado á los generales que mandaban divisiones y subdivisiones que enviaran á la porción activa de los cuerpos á todos los reservistas por destacamentos de cien hombres? ¿No había, por ventura, recomendado que no se perdiera ni un minuto y que se utilizaran las vías más rápidas? Otro motivo de asombro tuvo el mariscal cuando al día siguiente visitó, en compañía del general Lebrun, los almacenes del ejército y advirtió la confusión extraordinaria que en ellos reinaba; había allí muchos objetos, pero á menudo desapareados; observábase una extrema actividad, pero demasiado febril para ser fecunda; y se formulaban recriminaciones y se incurría en precipitaciones, síntomas ambos de una menor confianza en una suerte favorable. Leboeuf se apresuró á telegrafiar al general Dejeán á fin de que activara las remesas, y luego envió á París al general Lebrun con objeto de que verbalmente concretara lo que los telegramas únicamente podían indicar.

(1) Véase Bazaine, *L'armée du Rhin*, págs. 243, 246, 247, 248 y *passim*. - Véase también *Papiers des Tuileries*, tomo I, páginas 438 y siguientes.

Esto no obstante, Leboeuf, que bajo sus apariencias de sinceridad y de franqueza ocultaba algunos de los artificios del cortesano, no quería contristar al emperador; y por otra parte, habíase mostrado demasiado satisfecho para manifestar ahora inquietudes que habían de constituir una completa retractación; de aquí que en los primeros despachos enviados á su soberano procuró atenuar las noticias poco agradables acompañándolas de abundantes informes tranquilizadores. En el alma confiada de Leboeuf las ilusiones sólo se disipaban para renacer muy pronto, y más bien se engañaba á sí mismo que engañaba al soberano, y á pesar de los primeros desengaños, si bien aplazaba el momento de penetrar en territorio enemigo, no renunciaba aún al beneficio de la ofensiva. En el entretanto esperábase que llegara el emperador, que era quien había de adoptar las resoluciones definitivas.

### III

El soberano, sobre quien gravitaban todas las responsabilidades, jamás había sentido tanto como entonces la pesadumbre del poder supremo. Los que vivieron en la intimidad de Napoleón afirman que los días que siguieron á la declaración de las hostilidades fueron para él días de preocupación, de tardíos arrepentimientos, de zozobras. Bajo el impulso violento de sus cortesanos, habíase lanzado bruscamente á la guerra; pero apenas preso en las redes de Bismarck, volvió en sí, y cuando ya la partida estaba empeñada de una manera irrevocable, vislumbró á la luz de sus menguantes ilusiones todas las probabilidades que tenía de perderla.

Todo eran desengaños; desengaños en el orden diplomático y desengaños en el orden militar.

En los comienzos del conflicto habíase acariciado la esperanza de que los Estados del Sur permanecerían neutrales. La cuestión Hohenzollern no interesaba directamente á Alemania, y por consiguiente no autorizaba á Prusia para invocar, en virtud de los tratados de 1866, el concurso de sus aliados; tal era la interpretación que el Sr. de Beust comunicaba desde Viena á Munich. De haber prevalecido esta idea, la guerra habría sido de hecho casi imposible; pues si además de la neutralidad belga y de la neutralidad luxemburguesa hubiese sido preciso respetar al Palatinado bávaro, á Baden y á Wurtemberg, Prusia y Francia, cuyos territorios se tocaban en un espacio de diez ó doce leguas solamente, difícilmente hubieran podido invadirse la una á la otra, y quién sabe si por falta de campo de batalla habrían quedado las hostilidades en suspenso. La demanda de garantías, que había desconcertado á los amigos de Francia, acababa de destruir esa probabilidad venturosa. Los badenses, que esperaban ser atacados y que desde hacía tiempo habían cedido á las influencias prusianas; comenzaron en 16 de julio su movilización. En cuanto al Hesse-Darmstadt, un tratado particular la unía, desde el punto de vista militar, á la Alemania del Norte. En Stuttgart, el Sr. de Varnbühler no ocultó que su país se veía arrastrado, bien á pesar suyo, en la órbita de Prusia, añadiendo, sin embargo, que si Francia se decidía á formular una declaración solemne de *desinterés territorial*, tal vez esta se

guridad permitiría á los Estados del Sur aplazar su entrada en campaña (1). Esta insinuación era muy vaga y el Sr. de Gramont, por otra parte, hizo de ella caso omiso. El 17 un decreto ordenó el ingreso en filas de las reservas y convocó las Cámaras para el 19; y el 21 se votaron los créditos para el ejército. Ya entonces el Sr. de Varnbühler había notificado á nuestro representante en Stuttgart que el Wurtemberg se veía obligado «con dolor profundo» á unir sus armas á las de Prusia. En Munich, la alianza prusiana engendraba temores todavía más terribles que en Stuttgart. Habiendo sido sometidos al voto de la Cámara, en 18 de julio, los créditos de guerra, la comisión propuso que fueran rechazados: era aquella la manifestación de los *particularistas* que veían en la acción común la sujeción futura. En cambio las clases medias se inclinaban hacia Prusia; los cortesanos, después de haber murmurado mucho contra Berlín, tenían demasiadas cosas que hacerse perdonar para no mostrarse prudentes; los hombres de Estado, bien que deseando la neutralidad, no la consideraban posible; y el rey sentía la deslumbradora influencia de la unidad alemana. La Cámara, lejos de ratificar el voto de la comisión, en la sesión del 19 aprobó los créditos por 101 votos contra 47. Seis días después, el príncipe real de Prusia pasó por Stuttgart y Munich, siendo aclamado en ambas capitales, y tomó el mando de los contingentes del Sur.

De modo que íbamos á tener en contra nuestra no á la Alemania que limitaba el Mein, sino á la Alemania entera. De momento el Sr. de Gramont no se impresionó, antes al contrario estimó que la neutralidad habría sido molesta porque no habría permitido á los ejércitos franceses operar en el Palatinado; mas no tardaron en acentuarse las decepciones, puesto que simultáneamente supimos dos cosas: la primera, que tendríamos más enemigos á quienes combatir; la segunda, que dispondríamos de menos fuerzas para defendernos.

En aquellos días llegaron á Saint-Cloud los primeros telegramas que anunciaban la insuficiencia de los efectivos y del material. Todos aquellos despachos fueron otros tantos golpes asestados contra el emperador, el cual, sorprendido y turbado, multiplicó los consejos y las órdenes; pero estas órdenes y estos consejos, que con frecuencia llevaban impreso el sello de la inexperiencia ó se cruzaban con prescripciones contrarias, aumentaban la confusión. Sin embargo, los familiares, si bien observaban con inquietud el semblante preocupado del soberano, sentíanse tranquilizados por ciertas apariencias que respiraban una confianza rayana en infatuación: jefes de cuerpo, edecanes, oficiales de la guardia ó de la casa imperial, todos partían acompañados de pronósticos de victoria; en el palacio lo mismo que en los bulevares no se hablaba de otra cosa que de castigar á los prusianos y de ir á Berlín; y en las recepciones, la emperatriz, imperiosa y grave á la vez, predecía el triunfo con febril animación. En los ojos brillaba la impaciencia y las manos se estremecían al contacto de la espada; todo lo que en el fondo de las almas era turbación disimulábase con la abundancia y farfanteo de las palabras, y la gente se aturdía

moviendo ruido, como si con ello quisiera evitarse la molestia de reflexionar. En el palacio, como en las calles, resonaban las notas de la *Marsellesa* que tocaban las músicas militares; y los más inquietos se contentaban con callarse ó, si aventuraban alguna duda, se apresuraban á retirarla como si hubiesen dicho una blasfemia.

Cuanto menos seguros estuviéramos en punto á fuerza material, tanto más precioso debía ser para nosotros el apoyo de las potencias. Desde la fatal demanda de garantía, Europa se alejaba de nosotros, y Bismarck puso toda su habilidad en ahondar la separación; el que tan pérfidamente había explotado el despacho de Ems recordó que guardaba en sus archivos otros documentos utilizables. Se recordará que en 1866 el Sr. Benedetti, con más confianza que prudencia, había dejado en manos del primer ministro el esbozo de un proyecto de reunión de Bélgica á Francia; Bismarck, como hombre que nada quiere perder, había conservado aquel papel, y ahora, considerando que la guerra le eximía de toda discreción, mandó sacar una copia del documento y publicarla en el *Times* (2), lo que causó gran sensación especialmente entre los ingleses, esos patronos del pueblo belga. Bien mirado el asunto, aquella revelación era tan acusadora contra Prusia, que había tolerado la entrevista, como contra el Sr. Benedetti que había ingenuamente levantado acta de la misma; pero Bismarck no se apuró por tan poca cosa, y en sus conferencias con lord Loftus confesó, con una mezcla de sencillez y de impudencia, que había provocado las confidencias del gobierno imperial y que había fingido trabajar de cuenta y mitad con éste; pero que había obrado así para mejor engañarle y, añadía con cínico buen humor, para darle la entretenida (3). La explicación era demasiado interesada para que mereciese ser creída; pero Europa, que no creyó en la inocencia de Bismarck, creyó en la codicia de Francia, que era lo que Prusia quería.

En medio de todas estas preocupaciones, no se habían borrado de la mente del emperador los proyectos del archiduque Alberto. Estos proyectos suponían dos cosas: una diversión marítima al Norte con el concurso de Dinamarca, y una doble alianza con el Austria y con Italia. ¿En qué habían de parar las operaciones marítimas? ¿Qué había de ser de las alianzas?

Desde el comienzo de las hostilidades habíase discutido el plan de una expedición al Báltico, que podía ser de gran provecho para Francia, por cuanto inmovilizaría al Norte un ejército prusiano, destruiría la flota enemiga, en plenas vías de creación, y trastornaría las nacientes fundaciones de la confederación alemana, atacando á ésta por el punto en que era más vulnerable. Mas tal empresa no era de las que se improvisan, sino que exigía una escuadra dispuesta á combatir, un cuerpo de ejército pronto á ser embarcado, barcos preparados para embarcar las tropas, y un aliado, Dinamarca, que no temiera comprometerse hasta llegar á la guerra, si era preciso. A falta de esta preparación larga y meditada, lo que podía ser fuente de gloria habría de convertirse en fuente de desengaños.

(2) *The Times* del 25 de julio de 1870, pág. 9.

(1) Despacho del Sr. de Saint-Vallier al Sr. de Gramont, 16 de julio (*La rupture avec le Wurtemberg*, pág. 23).

(3) Lord Loftus, *Diplomatic reminiscence*, parte II, tomo I, pág. 132.